

## Editorial

En la década de los 30 del siglo pasado, surge otro de los hitos en la Informática, la Inteligencia Artificial (IA), cuyo término aún no se acuñaba pero que mostraba la preocupación por intentar imitar la inteligencia humana con las máquinas, así sean teóricas, que se diseñaban por esos tiempos. Este proceso lo debemos a Alan Turing persona que, entre otras cosas, dejó postulada la prueba que lleva su nombre para evaluar esta posibilidad.

No fue sino hasta finales de los 50 del siglo pasado, que se instauró el término como hoy lo conocemos de la mano de McCarthy, y los avances habían sido lentos, tal vez limitados por la tecnología electrónica que cada tiempo se desarrollaba.

Sin embargo, y particularmente paralelo a la pandemia que vivimos por los años 19 y 21 del presente siglo, el desarrollo electrónico se aprovechó a tal escala que la Inteligencia Artificial está tomando rumbos parecidos a los de las películas de ciencia ficción que hemos visto desde hace casi 50 años; y así, pensar en una era de la extinción, una era de la rebelión de las máquinas, una era donde ellas hacen más que nosotros desde sus capacidades de “inteligencia”, se está tornando realidad.

Empezamos con una IA predictiva con la que, empresas como Google, nos facilitan el trabajo con el desarrollo de un PLN que se “adelanta” a nuestras intenciones escritas, y ahí, alegres porque escribimos menos, agradecemos a la IA que nos permite pensar menos al hacer el trabajo “rutinario”, por nosotros.

Pasamos a una IA generativa con la cual sólo pensamos en lo que queremos y le damos una idea a la máquina para que ella, desde lo que la hemos alimentado, nos genere algo que llene nuestras expectativas, y de nuevo, nos sentimos alegres porque pensamos menos y creemos que la IA está haciendo otra vez el trabajo “rutinario” por nosotros.

Estamos llegando a un momento en el cual se ha evolucionado hasta proponernos agentes IA, software que no sólo se basa en una idea que le demos, sino que la desarrolla completamente, similar a cuando en la era de la revolución industrial se seccionaba el trabajo para ser más eficientes, y tenemos agentes IA para ayudarnos con nuestras agendas y calendarios, agentes IA para responder nuestros correos, agentes IA para simulación financiera, agentes IA para administrar nuestra llamadas, nuestros mensajes y nuestros diálogos, agentes IA para administrar nuestra capacidad económica y en fin, se están desarrollando agentes IA para cada cosa donde, de nuevo, creemos que nuestra vida es “rutinaria” y podemos dejarla en manos de la IA.

No obstante, lo “bonito” que aparenta ser este nuevo mundo, nos invita a tener cuidado, porque lo “rutinario” no necesariamente lo es, y estamos dejando en manos de la IA, capacidades tan básicas como nuestra memoria, nuestra atención y hasta nuestra percepción. Ya es común que las personas recordemos algo siempre y cuando la máquina nos lo indique, atendamos cuando ella nos lo sugiere y percibamos lo que ella nos muestra; estamos al borde de un abismo que nos hará perder nuestra humanidad evidenciada en nuestra inteligencia, porque

ella se la estamos delegando a las máquinas en algo que ya se conoce como “Delegación cognitiva”.

Con esto, el componente ético también requiere otros análisis, porque ¿hasta dónde debemos dejar entrar a la IA en nuestras vidas? Se ha vuelto tan común y contextual, que ya no nos preocupa esta intrusión, es "normal"; nos agrada leer lo que acabamos de hablar, que nos muestre los lugares que expresamos querer conocer, que ponga en nuestras pantallas promociones que no necesitamos y nos invada con información que nosotros mismos le dimos y nos la da de vuelta procesada para que la consumamos, ahora ella es nuestra conciencia que nos conoce mejor que nosotros mismos.

Desde el ámbito de la educación, esto requiere aún más análisis, ¿hasta dónde es beneficioso decirles a nuestros estudiantes que hagan sus tareas, pero sin IA?, si no se enfrentan al reto y les enseñamos los riesgos que ellas nos traen, ¿debemos alejarlos para cumplir esto o debemos acompañarlos en su uso para que distingan sus beneficios, pero también sus perjuicios?

En países en vía de desarrollo como el nuestro, la situación se torna más delicada porque somos consumidores más que productores de tecnología; importamos lo que otros desarrollan, y con su uso, lo único que hacemos es darles más información para una mejor adaptación a nuestras necesidades. Nos venden productos a medida, porque nosotros mismos les damos la información para hacerlo. Si poco producimos y más consumimos, ¿qué esperamos de nuestro futuro? Si lo más normal es usar productos basados en IA, nos estamos convirtiendo en esclavos de la IA, o por lo menos de las naciones

que la producen. Un país que importa tecnología importa también la ideología con la cual fue creada, y si esto es un dispositivo que controla, nos subyugamos al control.

Retos, eso también trae la IA, sobre todo en la educación; podemos enumerar una cantidad ingente de recursos basados en IA para alcanzar metas hasta ahora impensadas, y eso es bueno, pero también debemos pensar, como educadores, qué y cómo articularlas a los procesos de formación para que de verdad sean nuestro apoyo y no nuestro remplazo, dejándonos como seres inertes, que han perdido su inteligencia porque la han delegado a las máquinas.

En la edición de hoy, encontraremos algunos vestigios del uso de la IA en la educación, pero queda en manos de los lectores que nos interesa la educación, utilizarlos con los cuidados que también nos sugiere este nuevo mundo. Llegamos al desarrollo inevitable de la IA ¿cómo va a proceder Ud.?, ¿va a delegar su inteligencia a las máquinas o va a utilizar su inteligencia para poner las máquinas a su servicio?

**José Luis Romo Guerrón**  
Coordinador de la Revista  
Licenciatura en Informática